

poco, esos mismos extranjeros que nos cierran sus puertas invaden nuestros mercados y dejan sin trabajo a nuestras gentes, con lo que el agravio es doble...".

Hoy, la forma más respetable de proteccionismo se basa en la idea de la reciprocidad: si los gobiernos toman represalias selectivamente contra países que ponen barreras al comercio, su causa es justa y pueden estar prestando un buen servicio a la libertad de comercio si consiguen que tales barreras desaparezcan... Esta es la idea que parece predominar en América, hoy, y ya fue criticada por Robert Peel en 1.846.

* * *

El proteccionismo del gobierno USA.

Aunque solo sea por la personalidad de su autor, reproducimos a continuación, resumido, el artículo de Milton Friedman, publicado hace unos días en "The Wall Street Journal":

La ley arancelaria Smoot-Hawley ha llegado a simbolizar el proteccionismo americano más extremo. Fue acusada de haber provocado la caída de la bolsa de 1.929 y la subsiguiente Depresión. A mí me parece que esto es darle demasiada importancia. Sin embargo, sí es cierto que supuso elevados costes para el consumidor americano, acentuó la crisis y desencadenó una década de política "que se fastidien los otros" ("beggar-thy-neighbor policies") en todo el mundo.

M. Baldrige, Secretario de Comercio durante toda la administración Reagan; W. Brock, el primer negociador comercial de Reagan y ahora Secretario de Trabajo; y, más recientemente, C. Yeutter, el actual negociador comercial, han hecho que la ley Smoot-Hawley pareciera moderada. Por lo menos, la ley Smoot-Hawley tuvo una virtud: los aranceles que imponía supusieron buenos ingresos para el Tesoro. Las aparatosas medidas proteccionistas promovidas por los Sres. Baldrige, Brock y Yeutter como consecuencia de la presión tanto de los empresarios como de los sindicatos no han tenido siquiera dicha virtud.

La primera monstruosidad de altura fueron las llamadas restricciones voluntarias a la importación de coches japoneses, establecidas para "salvar" a la industria automovilista americana. Tal medida -todavía en vigor, después de seis años, a pesar de ser "temporal"- no ha salvado a la industria del automóvil de Estados Unidos, pero ha supuesto grandes beneficios a algunas compañías americanas, como Chrysler. Los coches japoneses construidos en fábricas en Estados Unidos, y motores y otros componentes japoneses incorporados a vehículos presentados con la etiqueta "construidos en USA" ("US built"), han sustituido paulatinamente a las importaciones directas. Ford, en el presente el más rentable y el mayor fabricante de coches americano, debe su éxito en gran parte a sus actividades fuera de Norteamérica.

Las restricciones "voluntarias", de hecho, legitimizan un cartel, con soporte oficial, de fabricantes japoneses de coches, por el que se les autoriza a limitar las ventas, a elevar los precios y a embolsarse la diferencia. Los Sres. Baldrige, Brock y Yeutter se habrán sentido muy satisfechos de una solución que, si se hubiera referido a empresas ame-

ricanas, habría resultado ilegal; que ha costado billones de dólares a los consumidores americanos en forma de mayores precios de los coches, japoneses o no; que ha debilitado a la industria americana y reportado buenos beneficios para sus competidores de Japón... y que no ha representado ni un dólar para el Tesoro. En 1.985, la administración sugirió el fin de las restricciones, pero para entonces los japoneses habían descubierto ya lo buenas que eran para ellos, razón por la cual las han continuado por su cuenta.

La primera monstruosidad fue seguida por una sucesión de otras: restricciones también "voluntarias" a las importaciones de acero y de textiles; limitación de los contingentes de azúcar; aumento de derechos para la madera canadiense; una amenaza de aranceles prohibitivos para el Mercado Común, etc., etc. De vez en cuando, para recordar su vocación librecambista, la administración rechaza esta o aquella propuesta para aumentar un derecho o para establecer un contingente. Pero esto es todo.

La monstruosidad más reciente se refiere a los semiconductores. Después de ingeniarse un cartel entre fabricantes japoneses y americanos de semiconductores -otra cosa que sería ilegal si fuera hecha por fabricantes americanos en Estados Unidos- los Sres. Baldrige y Yeutter se muestran ofendidos por el hecho de que el cartel, como ocurre con la mayoría de éstos, tenga sus fallos. "Afortunadamente, diría yo". Si tiene éxito, la acción de represalia americana podría conducir a que la fabricación de semiconductores se trasladara a países distintos de Estados Unidos y de Japón, con lo que se podría crear una OPEP de fabricantes de microchips facilitada por los dos grandes consumidores de éstos. ¡Esto es más de lo que la imaginación podía concebir!.

El Congreso y la administración suelen describir a Estados Unidos como un oasis del libre comercio acosado por la política proteccionista de Japón y de otros países. Esto es sólo ficción. Por supuesto, Japón establece muchas barreras contra la importación, con lo que se daña a sí mismo y a los demás. Pero Estados Unidos está lejos de resultar inocente, y sus restricciones son tan patentes como las de Japón. Los consumidores de carne de este país pagan tres o cuatro veces el precio mundial de ese producto. Los consumidores de Norteamérica pagan tres o cuatro veces el precio mundial del azúcar. Japón subsidia algunas exportaciones. Los Estados Unidos también lo hacen y, además, prohíben la exportación de petróleo de Alaska y de madera cortada en los bosques nacionales. Se estima que sólo la eliminación de estas dos restricciones reduciría a la mitad el déficit bilateral existente entre los dos países.

Salvo en el caso de que la fiebre proteccionista sea contenida en breve, el mundo puede tener que hacer frente a otra década de política "que se fastidien los otros", y esto en una época en la que el entretejido del comercio mundial es mucho más denso de lo que lo era los años treinta.

* * *

"Economics by lobotomy".

La semana fue sombría para la economía mundial, y las perspectivas para el futuro no son mejores, dice "The Economist" en su página editorial. Y si algo grave ocurre, añade,